

# *El eskimal y la mariposa,* de Nahum Montt

Oscar Godoy Barbosa

Docente

Departamento de Humanidades y  
Letras

Universidad Central

En la novela de Nahum Montt, la ficción literaria es la herramienta que permite descorrer el manto de la impunidad y descubrir heridas que todavía supuran.

Bogotá, marzo - abril de 1990. Treinta y tres días separan el asesinato del candidato presidencial de izquierda, Bernardo Jaramillo Ossa, en el Puente Aéreo de la capital, de la muerte, también a manos de un sicario, de Carlos Pizarro Leongómez, líder del movimiento 19 de abril, M-19, en un avión de pasajeros que viajaba hacia Cali. Este mismo lapso de tiempo, y la exploración de lo que pudo moverse detrás de esos dos magnicidios, constituyen los ejes escogidos por el escritor Nahum Montt para desarrollar la trama de *El eskimal y la mariposa*, ganadora del Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2004.

Arriesgada apuesta la de este joven escritor, nacido en Barrancabermeja: utilizar la ficción literaria para intentar develar las verdades ocultas tras estos hechos que todavía hoy se recuerdan con amargura. Para lograrlo, en primer lugar, se apoya en una exhaustiva investigación de los dos crímenes, tal y como ocurrieron en aquel sombrío despertar de la década de los noventa, y de

los hechos nacionales y mundiales que estaban de actualidad por esos días. Los personajes reales citados con nombres propios, las fechas, los lugares, los titulares de los periódicos, e incluso los programas de televisión de la época, son elementos que sustentan y le dan verosimilitud a la historia. Pero al mismo tiempo —y aquí es donde entra a jugar la ficción—, el narrador sigue paso a paso las andanzas de Coyote, un escolta de oscuros pasado y presente, y excelentes conexiones, que se mueve con desparpajo tanto en el bajo mundo del hampa como en el medio policial y en los ambiguos corredores de la conspiración política.

De la mano de Coyote, el narrador se adentra en lo que al principio parece ser una típica trama policíaca (el esclarecimiento del crimen de una anciana y de un secuestro, y la búsqueda de un joven asesino) para avanzar luego, con el paso de los capítulos y de una serie bien hilada de peripecias, hacia lo que pudo moverse tras bambalinas en la

trágica historia reciente del país. Y con este planteamiento, lo que acaba por imponerse es un gran interrogante sobre la versión oficial de aquellos hechos, e incluso de otros anteriores, como los asesinatos del ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, en 1984, y del candidato presidencial Luis Carlos Galán Sarmiento, en 1989. ¿Por qué nunca se dijo que los dos jóvenes sicarios, que actuaron con un mes de intervalo en 1990, eran primos entre sí? ¿Por qué nadie investigó a los escoltas que indefectiblemente

novela de Nahum Montt, la ficción literaria es la herramienta que permite recorrer el manto de la impunidad y descubrir heridas que todavía supuran. El autor no toma partido, ni lanza una diatriba, pero al exponer y relacionar los hechos deja en el lector, planteadas, muchas preguntas que todavía hoy -15 años después- no tienen respuesta.

Este esfuerzo por escudriñar en las heridas del pasado no habría logrado sus frutos si no estuviera apoyado en un sólido manejo de la técnica literaria. De hecho, es en este aspecto donde Montt asume una segunda apuesta, tan arriesgada como la anterior: acercarse a un tema como el sicariato, que ya ha sido trabajado por otros autores colombianos de las últimas generaciones —y que algunos críticos, incluso, ya consideraban agotado—, a partir de un conocimiento profundo de la novela negra, género caracterizado, entre otros aspectos, por sus atmósferas oscuras, la pesquisa policiaca, el retrato de submundos y sus personajes inquietantes. La novela *El eskimal y la mariposa* está estructurada en 36 capítulos cortos, que atrapan la atención del lector gracias a su ritmo sostenido y a recursos típicos de este género, como la anticipación, la entrega gradual de pistas, los giros inesperados, las escenas de acción o el mismo dramatismo de las situaciones. Para apuntalar lo anterior, el autor se vale de un lenguaje sobrio, preciso, fluido, que le sirve tanto para describir la Bogotá lluviosa y la atmósfera sombría donde se desarrolla la acción, como para narrar sin inmutarse, con la pretendida objetividad de una cámara, las andanzas de Coyote.

Pero esta segunda apuesta también se supera gracias a la oscura galería de personajes, notablemente delineados y caracterizados, que desfilan por las páginas de la novela. El autor se vale del apodo,

.....  
**A**rriesgada apuesta la de  
 este joven escritor,  
 nacido en  
 Barrancabermeja: utilizar  
 la ficción literaria para  
 intentar develar las  
 verdades ocultas tras  
 estos hechos que todavía  
 hoy se recuerdan con  
 amargura.  
 .....

asesinaban a los sicarios, una vez estos alcanzaban su objetivo, en lugar de intentar capturarlos para obtener pistas sobre los autores intelectuales de los crímenes? ¿De dónde llegaba la información tan precisa que permitió perpetrar los asesinatos sin fallas posibles? ¿Por qué la autoría de los crímenes se le atribuyó casi de inmediato al tristemente célebre Cartel de Medellín, que por entonces estaba empeñado en una guerra contra el establecimiento? Y más al fondo todavía: ¿quién o quiénes estuvieron detrás de esta campaña de asesinatos? En la

elemento típico de identificación en el mundo del hampa, para dar una primera pincelada: Coyote, El Eskimal, Casandra, Mandrake, Mambrú, Pequeño Larús, José Miel, don Luis, Jerry, Pitufo, son apelativos de fácil recordación -algunos provenientes del comic, otros de canciones infantiles, otros del puro ingenio criollo-, que dan una pista clara sobre las habilidades, el carácter o el aspecto físico de cada uno de ellos. Esa primera noción se refuerza, en todos los casos, con unos diálogos intensos, sugerentes, en ocasiones colmados de humor negro e ironía, y por unas acciones en las que se percibe con nitidez su dimensión humana, su escala de valores y las motivaciones detrás de sus actos. De esta manera, el tema podía ser el mismo de otras obras, pero Montt le entrega su impronta personal y lo diferencia nítidamente.

El lector acucioso puede encontrar, a lo largo de la novela, algunas coincidencias

demasiado forzadas para ser verosímiles, o ciertas inconsistencias en la forma como se desenvuelve Coyote en su medio, o incluso extrañar una mayor exploración en el pasado y en los puntos de vista del protagonista, que justifiquen mejor su lánguido final. De igual manera, puede considerar que el eskimal, personaje que le da el título a la obra, merecería un mayor protagonismo, en lugar del trato un tanto superficial que recibe. Sin embargo, el efecto de la novela en su conjunto sobrepasa sus posibles debilidades. *El eskimal y la mariposa* constituye una propuesta narrativa en la que palpitan una historia apasionante, unos personajes de carne y hueso, y una voz narrativa vigorosa. Una propuesta de creación que se atreve a tocar temas considerados tabú, desde el dominio de un género -la novela negra- que empieza a formarse una tradición en las letras nacionales. **BU**